

BX1430
.98
C6
V.4

COLECCION
DE DOCUMENTOS
ECLESIASTICOS

Impresión en la Tipografía de Guadalupe



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Tomo IV
Comienza el 8 de Enero de 1883.

UNIVERSIDAD DE GUADALUPE
Biblioteca Valverde y Tellez



Biblioteca Universitaria
Capilla Alameda

1883

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4. Guadalajara, Enero 8 de 1883. Num. 1.

A nuestros suscritores.

Con el año que acaba de pasar, se terminó el tercer tomo de la "Colección de Documentos Eclesiásticos." Damos las gracias á nuestros suscritores que benévola-mente han acogido esta publicación. Aunque la pequeñez de nuestra suficiencia nos habia determinado á separarnos de ella para dar lugar á capacidades más competentes, influencias muy respetables, que no podiamos desatender, nos han compelido á proseguir nuestros trabajos. Con el auxilio divino, pues, comenzamos el cuarto Tomo bajo el mismo plan que hemos observado, publicando de preferencia las piezas oficiales ó semi-oficiales que emanen de la Santa Sede y del Gobierno de nuestra Arquidiócesis; y en las variedades procuraremos preferir lo que sea

más adaptable á la época porque atravesamos.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

SAN FRANCISCO DE ASIS.

CARTA ENCICLICA

DE NRO. SMO. PADRE EL PAPA LEON XII.

A todos nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.

LEON XIII, PAPA.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica.

Por una dichosa merced el pueblo cristiano ha podido celebrar, en un breve intervalo, el recuerdo de dos hombres que, llamados á gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron

004432

ROMA.

CONSISTORIO DE 25 DE SETIEMBRE.

S. S. Leon XIII celebró el 25 por la mañana consistorio secreto en el Vaticano. Despues de pronunciar un discurso, creó y publicó cardenales de la santa Iglesia romana y del orden de presbíteros á monseñor Angel Bianchi, Arzobispo de Mira en Siria y nuncio en España, y á monseñor Wadimiro Czaki, Arzobispo de Salamina en Chipre, nuncio en Francia.

En seguida Su Santidad preconizó á los siguientes prelados para las iglesias que se citan á continuación:

Arzobispado titular de Apaneca, á monseñor Antonio Briganti, promovido del obispado de Orvieto, reteniendo provisionalmente la administracion de éste.

Metropolitana de Oristano, monseñor Pablo José María Serei, promovido de la diócesis de Ogliastro, cuya administracion conserva provisionalmente.

Obispado de Arras, monseñor Guillermo Renete Meignáu, Obispo de Chalons

Idem de Pádua, monseñor José Charregari, Obispo de Treviso.

Treviso, Monseñor José Apolonio, Obispo de Adria.

Adria, monseñor Antonio Polin, Obispo de Milta en Sicilia,

Leon, en México, monseñor Tomas Baron y Morales, Obispo de Chilapa.

Chilapa, en México, R. D. Fr. Buenaventura Portillo, franciscano, vicarioapostólico de la Baja California, Obispo de Tricala en Tesalia.

Orvieto, monseñor D. Fr. Eusebio Magner capuchino, de Amelia.

Amelia, monseñor Eugenio Clari, arcipreste de Sinigaglia, doctor en teología y en ambos derechos, camarero secreto de su Santidad.

Parma, monseñor Andres Miotti, arcipreste de Sondrio.

Marsiso y Potensa, Tiberio Durante, dean y doctor en teología

Ogliastro, R. D. Antonio María Contini, canónigo de Baca y doctor en teología.

Parenzo y Pola, R. D. Luis Torn, canónigo de la metropolitana de Godtz, rector del seminario.

Tarbes, D. Próspero Billero, cura de Bagneres de Bigorre, y canónigo honorario de Tarbes.

San Brunn, D. Eugenio Angel María Bouché antiguo capellan de la marina francesa, vicario general de Seer.

Chalons, D. Guillermo María Roman Sourien, rector del Santuario de Nuestra Señora Rocamadour, canónigo honorario de Cahors.

Sarepta (i. p.), auxiliar del Arzobispo de Benevento, D. Antonio Scotti, vicario general.

Sebasta (i. p.), monseñor Aichner, dean de Grixen, auxiliar del Obispo.

Gordina, [i. p.], como auxiliar del Obispo de Medellin, D. Francisco Javier Zaldua.

Nemesis [i. p.], Francisco Cardo-Albini, arcipreste de Benevento.

Su Santidad ha publicado por breve la provision de las siguientes Iglesias: Lepanto, Peterbogoron, Hexham, Auckaud, New-Castle-Citerea, Gracianópolis, Carpacia, Cidonia, Hipsobobis, Tagarto y Temópolis, preconizando para ellas, respectivamente á Mons. Enrique Luis Carlos Malret, Obispo de Siria; Juan Francisco Jamet, de Sarpeta; D. Edmundo Luck, benedictino; D. Juan Guillermo Bewick, D. Narciso Zeferino Larrain, D. Mariano Lorenzo Francisco Cordier, D. Estéban Scarella, P. Sinforiano de Sambernon, Fr. Wenceslao Onata, D. Eugenio Coupat, D. Antonio Joaquin de Medeiros,

SECCION III.—Variedades.

MISION DEL OBISPO.

La creacion es la obra de Dios. Ella ha recibido del Verbo divino su fuerza, y del Espíritu Santo su virtud. No obstante esto, el profeta real admirando las magnificencias de tan grande obra, anuncia otra nueva creacion cuyo emisario será el mismo Espíritu que de lo Alto repetirá su descenso para renovar la faz del mundo. La tierra, lo sabemos, cambia de aspecto todos los

dias por la aplicacion de leyes que reglan su existencia; todos los dias se modifica, y se mejora por el trabajo del hombre. Pero si por su ignorancia ó sus errores, el hombre no puede alterar la economía general del orden físico, puede por sus prevaricaciones turbar el orden moral sin poseer en tan pequeña escala, el poder de restablecerlo. Mantener este orden, solo pertenece á Dios; las proféticas palabras del Salmista han tenido su cumplimiento al descender el Espíritu Santo. A la hora solemne de aquella creacion de la gracia, el cielo se abre; torbellinos de llamas descienden como un viento impetuoso, y el Espíritu de Dios reposa sobre cada uno de los doce. Desde luego aquellos pobres pescadores, poco ántes tan tímidos, al punto abrasados de aquel fuego divino, se lanzan á la conquista del mundo. Lo que hicieron, todo el mundo cristiano tiene la prueba de ello. A la sinagoga decaída sustituye la Iglesia católica; á la gentilidad no solo corrompida sino aniquilada por la corrupcion, reemplazan el estado laborioso que con justicia y honor se llama el reinado de Jesucristo. Cuando el Redentor apareció, el mundo entero reposaba sobre dos cosas igualmente falsas y viles, el egoismo y el despotismo; la Iglesia cristiana arrojando este orden monstruoso, hizo del poder un servicio público; de la vida privada un voto

obligatorio de abnegacion. El orden moral aparece entonces en el mundo cimentado sobre la fé, el respeto la obediencia y el espíritu del sacrificio. Tan milagrosa transformacion, es obra de la predicacion apostólica, demostrándonos claramente el cumplimiento de las palabras del profeta *Emites spiritum et crebuntur.*

Los obispos continúan la obra de los Apóstoles. Hace 18 siglos que ellos guardan el depósito sagrado del Evangelio y propagan su luz. Con la enseñanza de sus escuelas, inculcan los conocimientos preliminares; con sus discusiones en la controversia, difunden las decisiones de los concilios, combatiendo con igual éxito la ignorancia y el error; con sus asociaciones, hacen llegar á los oídos de todos los dogmas revelados, haciendo gustar á todos los corazones los misterios de la gracia, y procurando tambien hacer aceptar á todos las santas servidumbres de la virtud. Estaluz, este amor, este poder que han hecho brotar en las almas por un efecto maravilloso, no puede menos que hacerse sensible. El individuo somete entonces su vida á la ley del deber; en la familia, el padre, la madre, el hijo, aceptan igualmente el deber por regla; en la sociedad, la fortuna y el poder se reconocen deudores de todos; entre las naciones se establece una relacion habitual de estricta equidad, de caridad sin restriccion. Del seno de Dios, la vida

desciende al seno de la humanidad por los Obispos, pero por los Obispos sometidos al Soberano Pontífice, por cuyo poderoso canal pasa del corazón de Jesucristo, por los Apóstoles, aquel milagroso poder: *Emites spiritum et crebuntur.*

Siendo, pues, esta la mision del Episcopado, ¿por qué actualmente los Obispos no han podido dominar la terrible corriente de la decadencia? ¿Cómo podrán ellos ahora colocar la Iglesia á la altura que por su mision le corresponde, despues del descrédito en que la contempla el mundo? ¿Como salvarán al mundo? Resolver estas cuestiones, será el objeto de este discurso, el que nos lo ha sugerido, no solo nuestro amor á la Iglesia y nuestro patriotismo por la patria á que pertenecemos, sino tambien por la futura consagracion de uno de nuestros compañeros en el sacerdocio.

¿Qué es un Obispo? Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles, no en cuanto á su número, porque aquellos eran doce; no en cuanto á ser el fundador particular de su Silla, porque una Iglesia Catedral puede muy bien no tener un apóstol; no en cuanto á la jurisdiccion universal, porque cada uno no gobierna más que su diócesis: los Obispos suceden á los apóstoles por el poder del orden; y si no tienen como ellos la igualdad del poder efectivo, poseen ciertamente la semejanza de la dignidad y de la jurisdiccion.

(Continuará.)

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4.

Guadalajara, Enero 22 de 1883.

NUM. 2.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

SAN FRANCISCO DE ASIS.

CARTA ENCICLICA

DE N. TRO. SMO. PADRE EL PAPA LEON XII.

(Concluye.—Véase el núm. anterior.)

Ciertamente en la casa de Damian era voz sobrehumana la oída por Francisco, diciéndole: "Marcha, sosten mi casa vacilante." No es ménos digno de admiracion que esta aparicion celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la basílica de Letran. El objeto y el sentido de este prodigio, son manifiestos; significaba que Francisco debia en este tiempo ser firme apoyo y columna para la República cristiana; y con efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusie-

ron bajo su direccion fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto cambiarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, Francisco distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y otras partes de Europa para que allí llevasen el Evangelio; encargó tambien á algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente, pobres, ignorantes como eran, se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas: sin aparatos de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan á exhortar á los hombres al desprecio de las cosas terrenas y al pensamiento en la vida futura. Maravilla ver cuáles fueron los frutos de la empresa de estos obreros en apariencia humildes. Una multitud, ávida de oírles, corria en masa á ellos: poníanse entonces á llorar sus faltas, á olvidar las injurias y venir, por la tregua en las discordias, á sentimientos de paz.

No se puede creer con qué ar-

sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque despues de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va á ocurrir una ocasion de tributar honores públicos á Francisco de Asis, por el sétimo centenario de su nacimiento.

No sin razon vemos Nos en esto un designio misericordioso de la divina Providencia. Porque permitiendo celebrar el dia del nacimiento de estos ilustres padres, parece que Dios quiere advertir á los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos, y comprender al mismo tiempo que las órdenes religiosas fundadas por ellos no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su genio y su celo, han sembrado la civilizacion y la gloria.

Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano, que siempre y con justicia, ha considerado como amigos á los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de Benito con amor y gratitud, hará revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de Francisco. Y esta noble emulacion de piedad filial y devota no se limita á la comarca en que nació el santo hombre ni á las que

honró con su presencia, sino que se extiende á todas partes de la tierra, á todos los lugares donde el nombre de Francisco ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

Ciertamente que Nos, más que nadie, aprobamos este ahinco de las almas por tan excelente objeto, sobre todo, estando acostumbrado desde la niñez á tener hácia Francisco admiracion y devocion especiales. Y Nos gloriamos de haber sido inscrito en la familia franciscana, y más de una vez hemos subido por piedad, espontáneamente y con alegría, á las sagradas colinas del Alverno: en aquel lugar, la imagen de este gran hombre se ofrecia á Nos por todas partes donde poniamos la planta, y aquella soledad llena de recuerdos, tenia á nuestro espíritu embebecido en muda contemplacion.

Mas por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables á Francisco esos honores que se preparan, si aprovechan á los mismos que los tributan.

El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algun modo á su eminente virtud y en procurar ser mejor imitándole. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá encontrado el remedio oportuno y eficaz para los males presentes. Nos queremos, pues, venerables hermanos, no solo atestiguaros públicamente por medio de esta

carta nuestra devocion á Francisco, sino tambien excitar vuestra caridad para que trabajéis con Nos en la salvacion de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna é inmutable de todos los bienes que para nosotros proceden de la infinita bondad de Dios: de modo que aquel que ha salvado una vez al mundo, es tambien el que le salvará en todos los siglos: *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado á los hombres por el cual podamos salvarnos.* [Act. IV, 12] Si, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza ó la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarle un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir á Jesucristo y ver en El el mayor y más seguro medio de salvacion. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa, que contiene á la vez un abrigo contra los peligros y un remedio contra los males.

La curacion es cierta, si el género humano vuelve á profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como estos de que Nos hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial, suscitando á un hombre no escogido al azar entre los demas, sino eminente y único, á quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pú-

blica. Y esto es lo que sucedió á fines del siglo XII, y algo más tarde, Francisco fué el obrero de esta gran obra.

Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fé católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas: ofrecia tambien un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba á Palestina para vencer ó morir en ella. Pero el libertinaje habia alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los hombres volviesen á los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposicion del alma que busca las cosas arduas y difíciles: tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir á Jesucristo deben llevar sobre sí. Lo propio de dichas disposiciones el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufrir la adversidad con calma y resignacion. En fin, el amor de Dios es dueño y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no solo hace tolerables sino hasta agradables, los más duros trabajos.

Habia mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces, por decirlo así, esclavos de las cosas

temporales, ó amaban con frenesí los honores y las riquezas, ó vivían en el lujo y en los placeres. Otros tenían todo el poder, y hacían de su potestad un instrumento de opresión para la multitud miserable y despreciada; y aquellos mismos que hubieran debido, por su profesión, ser ejemplo á los hombres, no habían evitado las manchas de los vicios comunes. La extinción de la caridad en muchos lugares había tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el odio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa, las ciudades vecinas entraban en guerras, y armaba el hierro á unos ciudadanos contra otros.

En este siglo apareció Francisco. Con admirable constancia y sencillez igual á su firmeza, se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar á vista de todos los ojos del mundo caduco la imagen auténtica de la perfección cristiana. En efecto; de la misma manera que el bienaventurado P. Domingo de Guzmán, en esta época, defendía la integridad de las doctrinas celestiales y rechazaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana, los errores perversos de los herejes; así Francisco, conducido por Dios á grandes acciones, obtenía la gracia de excitar á la virtud á los cristianos, y de conducir á la imitación de Cristo á aquellos que habían

andado muy errantes y por mucho tiempo.

No fué por casualidad por lo que llegaron á los oídos del adolescente estas palabras: "No poseáis oro ni plata, ni dinero en vuestras bolsas; no alforjas en el camino, ni dos túnicas, ni calzado."

Y aún "si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres y sígueme."

Interpretando estos avisos como dirigidos á él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y tomó la resolución de que estos grandes preceptos de virtudes, que él había abrazado con noble y sublime espíritu, fueran las reglas fundamentales de su orden. Después de este tiempo, en medio de la molición tan grande del siglo y de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles: pide su alimento de puerta en puerta, y soporta, no solamente las burlas de un pueblo insensato, aun aquellas que son más injurias, sino que las busca con admirable avidez. Seguramente había abrazado la locura de la cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.

Con el amor á la Cruz, ardiente

caridad abrazó el corazón de Francisco, y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente á los pobres y á los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre común de todos.

Gracias á tantas virtudes, y sobre todo por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó á reproducir en sí, en cuanto pudo, la imagen de Jesucristo. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fué concedido tener semejanzas con el Divino Redentor, aún en las cosas exteriores. Así, á ejemplo de Jesucristo, fué dado á Francisco nacer en un establo y tener por lecho, siendo niño, como en otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

Se refiere que en ese momento coros celestiales de ángeles y cánticos oídos á través de los aires, completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus apóstoles, él se adjuntó por discípulos algunos hombres escogidos, á quienes mandó recorrer la tier-

ra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojado de todo, injuriado, negado de los suyos, tuvo de común con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alverno, cual sobre su calvario, fué por decirlo así, crucificado por un prodigio nuevo hasta entónces, recibiendo en su cuerpo la impresión de las sagradas llagas.

Nos recordamos aquí un suceso no ménos brillante en sí mismo por el milagro hecho célebre por la voz de los siglos. Un día que San Francisco se hallaba sumergido en ardiente contemplación de las llagas de Nuestro Señor, y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecía beberlos como si tuviera sed, un ángel descendido del cielo mostró-le de repente; luego brilló una luz misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y piés como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entónces sintió en su alma, inmenso ardor de caridad; y sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus días la impresión viva de las llagas de Jesucristo.

Análogos prodigios, que deberian ser celebrados por un lenguaje angélico, mas bien que por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fué el hombre elegido por Dios para llamar á sus contemporáneos á las costumbres cristianas. (Continuará.)